

manejamos, y conservando algunas veces sus notas, y el todo ó parte de sus introducciones. Para terminar este prólogo nos falta manifestar que no creemos exenta de defectos esta traduccion; pero que al ver las obras de Demóstenes vertidas á casi todos los idiomas europeos; al ver que la Francia tiene veintidos traducciones, más ó menos completas, pero diferentes; y al ver, en fin, que en nuestra lengua solo podíamos leer la oracion por la Corona, de la cual están tan escasos los ejemplares, que ni en la misma Biblioteca Nacional se encuentran; al ver todo esto, repetimos, no pudimos resistir al deseo de dar al público una traduccion que podrá servir, por lo menos, hasta que otra mejor se publique.

A. RODA.

---

## ORACIONES ESCOGIDAS DE DEMÓSTENES.

---

### PRIMERA FILÍPICA.

---

#### Introduccion.

Rechazado Filipo cuando quiso apoderarse del paso de las Termópilas, Atenas dió gracias á los dioses como si hubiese ganado una gran victoria. Sin embargo, un resto de temor parecia disponer á unos ciudadanos á la desconfianza y á otros al desaliento. Demóstenes, que desde la primera tentativa del conquistador habia adivinado el objeto de sus aspiraciones, corrió entonces á la tribuna.

Muchas proposiciones se habian presentado, pero ninguna le satisfacía. Conoce que en aquella situacion se prometerá mucho y se ejecutará poco. Pide solo lo que cree poder obtener, y reclama ante todo el armamento de los ciudadanos, cosa que la indolencia de los atenienses elude sin cesar.

Tres proposiciones principales abraza el conjunto de este vivo y rápido discurso:

- 1.<sup>a</sup> Los atenienses pueden vencer á Filipo.
- 2.<sup>a</sup> ¿Cómo pueden vencerlo? Detalle de los medios y de todos los preparativos necesarios.
- 3.<sup>a</sup> Deben intentar esta empresa: proposicion hábilmente fundada en las dos primeras.

#### Discurso.

Si se hubiese anunciado la discusion de un asunto nuevo, ¡oh atenienses! aguardaría que muchos de los oradores que frecuentan esta tribuna hubiesen hablado, para guardar silencio si aprobaba alguno de sus dictámenes, é

intentar, en el caso contrario, la exposicion de mis ideas. Pero toda vez que la cuestion que hoy se presenta á exámen es la misma que tantas veces han tratado, aguardo que se me perdonará ser el primero en levantarme, cuando, por otra parte, si en lo que mira al pasado, sus consejos hubiesen correspondido á vuestras necesidades, no os veríais obligados á deliberar de nuevo.

Comenzad, ciudadanos de Atenas, por no desesperar de vuestra situacion, no obstante su tristísima aparien-  
cia; porque la causa misma de vuestras desgracias anteriores es el mejor motivo de esperanza para el porvenir. ¿Sabeis por qué? Porque solo vuestra estremada negligencia, ¡oh atenienses! ha producido vuestros males. Si hubieran sobrevenido, á pesar del cumplimiento de todos vuestros deberes, entonces solamente debería perderse la esperanza de mejorar de suerte. Pero pensad, puesto que lo sabeis por referencias de otros ó porque lo habeis presenciado, pensad en la noble actitud de Atenas contra los lacedemonios, cuando más grande era su poder; en el respeto que inspiraba vuestra propia gloria, á lo cual debisteis que se os encargase posteriormente del peso de la guerra, para defender contra Esparta los derechos de la Grecia. Pero, ¿para qué os cito este ejemplo? Para mostraros claramente, ¡oh atenienses! que si vigilais no tendreis que temer ningun peligro, y que vuestra incuria es, por el contrario, la causa de que no se cumplan vuestros deseos. Yo atestiguo esto con Lacedemonia, cuyo imperio fué vencido por vuestra actividad, y con el insolente que nos perturba hoy, porque rehusamos á los asuntos públicos los cuidados que necesitan.

Quizá alguno de vosotros, pensando en el numeroso ejército de que Filipo dispone, y en todas las fortalezas que ha usurpado á la República, lo creará difícil de vencer; esto es cierto. Pero que considere, sin embargo, que otras veces Atenas tenia bajo su obediencia á Pidna, Po-

tidea, Medona y el resto entero de esta comarca; que la mayor parte de los pueblos ahora sometidos á Filipo eran libres, autónomos, y preferian nuestra alianza á la suya. Si entonces Filipo se hubiese detenido en este razonamiento: «Solo, sin aliados, no puedo atacar á los atenienses, cuyas numerosas fortalezas dominan mis fronteras;» entonces, repito, lo que ahora ha hecho no lo hubiese jamás intentado; no, no se hubiera engrandecido tanto. Pero él sabia bien que las plazas fuertes son recompensas espuestas á la suerte de los combates; que naturalmente los ausentes son desposeidos por los presentes, y los tímidos y perezosos por los hombres atrevidos é infatigables. Realizando esta máxima, todo lo ha subyugado, todo lo ha invadido, en unas partes por derecho de conquista, en otras con el título de amigo y de aliado, que siempre se desea obtener, de aquellos á quienes se vé con las armas en la mano y dispuestos á herir donde conviene. Si pues ahora, ¡oh atenienses! quereis á vuestra vez, ya que no lo habeis hecho antes, arreglar vuestra conducta por este mismo principio; si cada uno, despreciando todo subterfugio, se apresura á contribuir á las necesidades públicas segun sus medios, los ricos con sus donativos y los jóvenes empuñando las armas; en una palabra, si estais resueltos á no depender sino de vosotros mismos; si cada ciudadano alimenta su esperanza en su propia actividad, verá que todos trabajan como él; y entonces, con la ayuda de los dioses, recobrareis vuestras posesiones; entonces reparareis las desgracias producidas por vuestro descuido y castigareis á ese hombre ambicioso. Porque no creais que Filipo es como una divinidad, que lleva en sus manos la fortuna: es objeto de ódio, de temor y de envidia, aun para algunos de los que cree que le están más consagrados. ¡Oh! ¿Cómo no suponer en los que le rodean todas las pasiones de los demás hombres? Pero carecen de auxiliares y se hallan tímidamente detenidos ante esta lentitud, ante

esta inercia que es indispensable, yo lo repito, que sacudais desde hoy mismo. Ved, en efecto, ¡oh atenienses! hasta dónde se ha desbordado la audacia de ese hombre: ya no os permite vacilar entre la accion y el reposo; os amenaza; profiere, segun se dice, palabras insolentes; incapaz de contentarse con las usurpaciones que ha cometido, se rodea cada dia de nuevas conquistas; y mientras que nosotros temporizamos inmóviles, nos cerca y nos estrecha por todas partes.

¿Cuándo, pues, ¡oh atenienses! cuándo cumplireis vuestro deber? ¿A qué aguardais para moveros? ¿A que os obliguen los acontecimientos ó la necesidad? Pero, ¿qué otra idea puede formarse de lo que sucede? No conozco necesidad más apremiante, para hombres libres, que la de evitar su deshonra. ¿Quereis andar siempre por la plaza pública, preguntando de un lado para otro: «Se dice algo de nuevo?» ¡Oh! ¿Qué mayor novedad que un macedonio vencedor de Atenas y dominador de la Grecia? «¿Ha muerto Filipo?» pregunta uno. «No ha muerto, pero está enfermo,» responde otro. Muerto ó enfermo, ¿qué os importa? Si pereciese y vuestra vigilancia continuase tan descuidada como ahora, vosotros mismos produciríais otro Filipo; porque este debe su engrandecimiento á vuestro abandono más bien que á sus propias fuerzas. Y si la fortuna nos librase de él, si más cuidadosa de nosotros que nosotros mismos nos secundase y destruyese su obra, no dudo que estando cerca de los países descontentos y sorprendiéndolos en el desórden de una revolucion general lo someteríais todo á vuestro dominio; pero en vuestra situacion actual, aunque la fortuna os abriese las puertas de Anfípolis, no podríais entrar en una ciudad de la cual vuestros armamentos y vuestros proyectos os mantienen tan apartados.

Desplegar una voluntad enérgica y un celo infatigable en el cumplimiento de vuestro deber, es una necesidad de

que os creo penetrados, y no insistiré más sobre ella. Pero, ¿cuáles son los preparativos necesarios para libraros de tan grandes embarazos? ¿Cuál debe ser la cantidad de vuestras fuerzas? ¿Cuál la suma de los subsidios? ¿Qué medidas me parecen las más prontas y eficaces? Hé aquí lo que intento esponer, despues de pedir os una sola cosa. Antes de fijar vuestra opinion, escuchadlo todo, y no juzgueis nada; y si me veis proponer nuevos aprestos, no vayais á creer que retardo los resultados. El grito de: *¡pronto, desde hoy mismo!* no es el consejo más oportuno, puesto que no podríamos, con recursos obtenidos instantáneamente, cambiar en nada la faz de los acontecimientos: creo serviros mejor esponiendo los preparativos necesarios, su cantidad, el medio de realizarlos y hacerlos permanentes hasta que nos convenga renunciar á las hostilidades, ó hasta que hayamos vencido al enemigo. Esta actitud solamente nos pondrá al abrigo de todo insulto. Tales son las cuestiones de que creo deber ocuparme, sin impedir por esto á nadie que haga aquí otras promesas. La mia es muy grande, pero el resultado la justificará, y vosotros pronunciareis.

Digo, pues, ¡oh atenienses! que es necesario armar desde luego cincuenta triremes, y que os dispongais á tripularlos en persona cuando la necesidad lo exija. Pido tambien que se equipe, para la mitad de la caballería, un número suficiente de buques de carga y de transporte. Hé aquí, á lo que yo creo, los medios de defensa que debéis oponer á esas escursiones súbitas que el Macedonio hace á las Termópilas, al Quersoneso, á Olinto y á los demas puntos que le conviene atacar. Es necesario hacerle concebir la idea de que, despertados de vuestro letargo, podreis precipitaros sobre él tan impetuosamente como en vuestra antigua expedicion de Haliarte, como en la Eubea y como más recientemente en las Termópilas. Aun cuando no ejecutáseis nada más que una parte del plan que os

propongo, no dejariais de obtener buenos resultados. Perfectamente instruido Filipo de vuestros aprestos, por los espías que tiene entre nosotros, ó intimidado se detendrá, ó, si no hace caso de nuestra actitud, le sorprendereis sin defensa, puesto que, en la primera ocasion, podreis verificar un desembarco sobre sus costas. Tal es el proyecto para el cual reclamo vuestra unánime aprobacion; tales son los preparativos que es necesario ordenar al instante.

Creo tambien, atenienses, que debéis tener preparadas fuerzas para atacar sin descanso y fatigar al enemigo. No me habéis de diez mil ni de veinte mil extranjeros, ni de esos grandes ejércitos que solo existen en el papel. Quiero tropas que pertenezcan á la pátria; que cualesquiera que sean el número y las personas de los generales que elijais, los obedezcan y los sigan. Pero tambien es necesario que cuideis de su subsistencia. ¿Qué tropas serán estas? ¿Cuál será su número? ¿Cuáles los recursos para sostenerlas? ¿Cómo ejecutar las medidas que se requieren? Responderé á todo por su orden.

En cuanto á los mercenarios extranjeros, no hagais ahora lo que frecuentemente os ha perjudicado. Traspasando los limites de lo necesario, vuestros proyectos son magníficos en vuestros decretos; pero cuando se trata de obrar, se encuentra que es nula la ejecucion. Comenzad por pequeños preparativos, y aumentadlos progresivamente si reconocéis su insuficiencia. Pido, pues, en junto, dos mil infantes, de los cuales quinientos serán atenienses, fijando vosotros de antemano su edad y la duracion del servicio, que deberá ser bastante corta para que puedan relevarse sucesivamente. El resto de esta fuerza se compondrá de extranjeros. Tened tambien doscientos soldados de caballería, entre los cuales haya, lo menos, cincuenta de Atenas, que sirvan en las mismas condiciones que los de á pié. Proveedles de buques de transporte. Todo eso está bien, me direis, ¿qué mas se necesita? Diez trire-

mes ligeros; pues si Filipo tiene una marina, nosotros tenemos necesidad de galeras rápidas para asegurar los movimientos de nuestros soldados. Pero á estos soldados, ¿cómo les haremos subsistir? Voy á deciroslo, despues de haber explicado por qué creo esas fuerzas suficientes, y por qué exijo de los ciudadanos el servicio personal.

Esas tropas bastan, ¡oh atenienses! vista la imposibilidad de levantar ahora un ejército que aventure, contra Filipo, una batalla decisiva. Fuerza será que empecemos limitándonos á las correrías y al pillaje. Pero para este género de guerra, nuestras tropas no deben ser muy considerables, porque se verian faltas de sueldo y de víveres, ni muy poco numerosas. Deseo que los ciudadanos formen en sus filas y se embarquen con ellas, porque veo que otras veces nuestra ciudad sostenia en Corinto un cuerpo de extranjeros mandados por Polistrato, Ificrates, Cabrias y otros jefes: que vosotros mismos acudisteis bajo aquellas banderas, y que confundidos ciudadanos y extranjeros, vencisteis á los lacedemonios. Sucede que cuando vuestra soldadesca asalariada sostiene sola la campaña, no triunfa más que de vuestros amigos y aliados; el enemigo aumenta sus recursos, y despues de haber dirigido una mirada indiferente sobre la guerra emprendida por Atenas, el mercenario se embarca, y vá á ofrecer sus servicios á Artabaces ó á cualquiera otro amo. Su general le sigue; ¿es esto asombroso? Tan pronto como deja de pagar, deja de ser obedecido.

¿Qué es, pues, lo que deseo? Lo que deseo es quitar al jefe y á los soldados todo pretesto de descontento, asegurando la paga y colocando en las filas soldados ciudadanos que vigilen la conducta de los generales. Hoy dia es, en efecto, nuestra política muy risible. Que se os pregunte si estais en paz. «¡No! esclamareis; ¡no, por Júpiter, estamos en guerra con Filipo!» Esto es evidente, puesto que elegis entre vosotros diez texiarcas, diez estrátegos, diez tribu-

nos y dos hiparcas. ¿Pero qué hacen estos hombres? Aparte de uno solo que enviáis á la guerra, todos los demas se ocupan en maniobrar en vuestras procesiones con los inspectores de los sacrificios. Semejantes á alfareros, fabricais texiarcas y tribunos para adorno y no para la guerra. Para que vuestro ejército fuese realmente el ejército de Atenas, ¿no seria necesario confiar el mando á texiarcas y á hiparcas atenienses? Pero no, ¡es preciso que sea ciudadano el que se manda como hiparca á Lemnos, mientras que la caballeria que protege las posesiones de la República recibe las órdenes de Menelao! No tengo nada que censurar en este jefe; pero digo que cualquiera que sea el que ocupe su puesto, debe ser elegido de entre vosotros.

Quizá, si considerais fundadas estas observaciones, estareis impacientes por conocer los gastos necesarios y el modo de sufragarlos. Voy á satisfaceros. El costo total de víveres y municiones, pasará un poco de noventa talentos, cuya inversion es la siguiente: cuarenta talentos en los diez buques de transporte, á razon de veinte minas mensuales para cada buque; otro tanto á los dos mil infantes, calculando á diez dracmas por cabeza al mes; y, en fin, á los doscientos soldados de caballería, doce talentos, pagándoles á razon de treinta dracmas mensuales á cada uno. Y no creais que es muy poco el atender solamente á la subsistencia del soldado. Concedido esto, estoy seguro de que la guerra le proporcionará lo demás, y que sin robar á griegos ni aliados completará su sueldo. Yo mismo, embarcado como voluntario, respondería con mi cabeza de lo que digo. Pero los fondos que se necesitan, ¿de qué modo se han de procurar? Hélo aquí. *(La lectura de los medios que proponia el orador para arbitrar recursos, se hizo por un secretario. Demóstenes continuó:)*

Tales son, ¡oh atenienses! los recursos que podemos encontrar. Despues que una opinion haya obtenido mayoría, que la ejecucion de las medidas adoptadas se vote

tambien, á fin de no guerrear más contra Filipo á golpes de decretos y mensajes, sino con la espada en la mano.

Pero me parece que vuestra deliberacion sobre esta campaña y sobre el conjunto de sus preparativos será más acertada, si os representais en vuestro pensamiento la comarca que ha de ser teatro de vuestros combates, y si reflexionais que Filipo se aprovecha de los vientos y las estaciones para adelantarse á vosotros y asegurarse un buen éxito, y que solo ataca despues que han vuelto los vientos etesios ó de invierno, en cuya época nos sería imposible aguardarle. Penetrados de esta consideracion, cesad de oponerle alistamientos instantáneos, que nunca nos permiten llegar á tiempo, y que vuestros preparativos y vuestro ejército sean permanentes. Teneis para hacerle invernar, á Lemnos, Thasos, Sciathe y otras islas de este archipiélago, donde se encuentran puertos, víveres y todo lo necesario á tropas en campaña. Durante la época que permite recorrer las costas y confiarse á los vientos, nuestras naves se acercarán fácilmente al pais enemigo, y bloquearán los puertos de las ciudades de comercio.

Sobre la manera y la ocasion de hostilizar con el ejército, dejad que el general colocado por vosotros á su cabeza tome consejo de las circunstancias. Vuestro objeto inmediato debe reducirse á ejecutar lo que he propuesto en mi proyecto. Si comenzais ¡oh atenienses! facilitando los subsidios que he pedido; si despues de haberlo preparado todo, buques, infantería y caballería, obligais por una ley al ejército entero á no separarse de sus banderas; si, en fin, os haceis tesoreros y administradores de vuestros fondos y exigís cuentas de la campaña al general, no prolongareis, sobre esta misma materia, unas discusiones sin término y sin fruto. Otra ventaja os indicaré aun: arrebatereis á Filipo la mas pingüe de sus rentas. ¿Sabeis cuál es? Los despojos apresados en el mar á los aliados de Atenas, que él emplea en combatir á nuestra ciudad. ¿Qué

otros beneficios lograreis? Vosotros mismos os vereis libres de sus piraterías; no se atreverá á volver á Lemnos y á Imbros para encadenar á vuestros conciudadanos y arrastrarlos tras sí; Gerastos no lo verá en lo sucesivo envolver y asaltar vuestras naves y apoderarse de sumas inmensas; no descenderá más hasta Maraton, como hace poco, para llevarse el trireme sagrado; correrías y latrocinio que no pudisteis impedir, porque vuestros medios improvisados no llegan nunca en el momento oportuno. ¿Sabeis, ¡oh atenienses! por qué las Panateneas y las Dionisiacas se solemnizan siempre en la época prescrita, cualesquiera que sean la habilidad ó la impericia de los encargados de estas dos fiestas, en las cuales gastais mas oro que en una expedicion naval, y cuyo tumultuoso aparato no tiene ejemplo, á lo que yo creo, mientras que todas vuestras escuadras llegan tarde á Methon, á Pagases y á Potidea? Pues consiste en que en estas funciones todo está ordenado por la ley; en que cada uno conoce, con mucho tiempo de anticipacion, el corega, el gimnasiarca de su tribu, lo que debe hacer, cuándo, por qué manos y qué suma ha de recibir, sin que haya nada imprevisto, indeciso ni olvidado; en tanto que para la guerra y los armamentos, no se tiene ningun orden, ninguna regla ni precision. A la primera alarma nombramos los trierarcas, procedemos á los alistamientos y acudimos á los recursos pecuniarios. Terminados estos preliminares, decretamos el embarque del extranjero domiciliado, despues el de los manumisos, y por último el de los ciudadanos que los han de relevar. Las dilaciones se prolongan y perdemos las plazas hácia las cuales debíamos correr, porque el tiempo de obrar lo consumimos en preparativos. La ocasion no se cuida de aguardar el fin de nuestras dilaciones y las fuerzas que creemos tener armadas por nosotros, en este intervalo, se convencen de su impotencia en el momento decisivo. Así Filipo lleva su insolencia hasta el

punto de escribir á los eubeos cartas concebidas en estos términos: (*Lectura de una carta de Filipo, en la cual aconsejaba á los eubeos que no confiaran en la alianza de Atenas, puesto que esta República era incapaz de cuidar de su propia defensa.*)

La mayor parte de las cosas que se acaban de leer son muy ciertas, aunque no tenga nada de agradable el escucharlas. Suprimirlas por temor de disgustaros, ¿sería quitarlas de los asuntos? Vuestro placer sería entonces la regla del orador. Pero si la elocuencia empleada fuera de tiempo conduce solo á vuestro mal, ¡qué mayor vergüenza, oh mis conciudadanos, que la de lisonjear vuestros deseos, la de rechazar toda empresa desagradable, la de tener que conducirnos engañados á todas las operaciones, la de no poder convenceros de que para dirigir bien una guerra, es necesario no ir detrás de los sucesos, sino precederlos, y de que, semejante al general cuyo puesto está en las primeras filas de su ejército, un pueblo sábio en política, debe marchar delante de los asuntos, á fin de ejecutar lo que ha resuelto, y no arrastrarse como esclavo á la zaga de los acontecimientos! Vosotros, ¡oh atenienses! aunque disponeis de las fuerzas mas poderosas de la Grecia, tanto en buques como en infantería, caballería y riqueza, es lo cierto que hasta ahora, á pesar de todos vuestros movimientos, no habeis aprovechado ninguna de estas ventajas. El pugilato de los bárbaros es vuestra rutina de guerra contra Filipo. ¿Recibe un golpe uno de estos atletas? En seguida acude á repararlo con la mano. ¿Recibe otro? Sus manos se dirigen de nuevo á la parte lastimada; pero observad fijamente al antagonista y vereis que no le estrecha cuerpo á cuerpo, que no se atreve á atacarle. De igual modo procedeis vosotros. ¿Llega la noticia de que Filipo está en el Quersoneso? Decreto en seguida para socorrer el Quersoneso. ¿De que está en las Termópilas? Decreto para acudir á las Termópilas. ¿De que está en cual-

quiera otra parte? Correis precipitadamente á su encuentro. Sí; no haceis más que maniobrar bajo sus órdenes, no ejecutando por vuestra propia inspiracion ninguna medida militar importante; no preveyendo absolutamente nada; aguardando cada dia la nueva de algun desastre. Otras veces acaso podríais impunemente obrar así; pero la crisis se aproxima y es menester variar de conducta.

¿No será, quizá, un dios, ¡oh atenienses! quien avergonzado de que nuestra República sufra tantas afrentas, ha puesto en el corazon de Filipo esa inquieta actividad? Si saciado de conquistas, hechas siempre en vuestro daño, se detuviese en sus proyectos, creo ver á más de un ciudadano resignarse á sufrir las pérdidas que atestiguan nuestra cobardia y que condenarian la nacion á la deshonor. Pero siempre agresor, siempre codicioso de poderío, él os despertará, si es que descansais todavía sobre alguna esperanza. Por mi parte, me admiro, atenienses, de ver que no produce en ninguno de vosotros reflexion ni cólera, una guerra comenzada para castigar á Filipo, y que ha degenerado en guerra defensiva contra Filipo. Pero es evidente que no se detendrá si no se le ataja el camino. ¿Y es esto lo que siempre hemos de aguardar? Por haber dado órdenes sobre galeras vacías y haber confiado en las esperanzas de algun temerario, ¿creereis que todo marcha satisfactoriamente? ¿No tendremos ya que embarcarnos? ¿No saldremos en persona, reuniendo una parte de soldados ciudadanos, puesto que antes no lo hemos hecho? ¿No correremos hácia las fronteras del enemigo? Pero, ¿á dónde dirigirnos? se nos preguntará. Ataquemos por cualquier punto, ¡oh atenienses! y la guerra misma descubrirá la úlcera gangrenada de nuestro adversario. Pero si permanecemos en nuestros hogares, oyentes ociosos de oradores que se acusan y se destrozan á porfía, jamás ejecutaremos una sola medida provechosa. Sobre cualquier punto á que se dirija una expedicion naval, concertada por una parte

siquiera de los ciudadanos, los dioses propicios de la fortuna combatirán por nosotros. Muy por el contrario, todo lo que confieis á un general sin soldados, á un decreto sin fuerza y á quiméricas promesas de tribuno, fracasará sin remedio. Objeto de burla para vuestros enemigos, tales preparativos son la muerte y la pérdida de vuestros aliados. Es imposible, en efecto, es imposible que un solo jefe pueda con la enorme carga que echais sobre él: hacer promesas, pagar con palabras y culpar á otro de los desastres, es todo cuanto puede; pero esto mismo produce nuestra ruina. Un general conduce á la guerra infelices extranjeros sin sueldo; hombres lijeros acuden á esta tribuna para calumniar lo que ha hecho á gran distancia de nosotros; sobre los rumores inciertos de que se hacen eco, vosotros, jueces tambien lijeros, lanzais al acaso una condenacion: ¿á qué, pues, hay que atenerse?

Pero el remedio de estos males consiste en designar ciudadanos, que sean á la vez soldados, vigilantes de vuestros generales, y sus jueces despues de haber regresado de la campaña. De este modo conoceréis vuestros asuntos mejor que por simples referencias; y presentes en el lugar de los sucesos, os enterareis de ellos por vosotros mismos. Actualmente, ¡oh colmo de ignominia! todos vuestros generales se esponen á perecer por vuestras sentencias, y ninguno tiene el valor de comprometer su vida en un solo combate. Prefieren la muerte de los salteadores y asesinos á la de los guerreros; deben, sí, morir los malhechores por una sentencia que los condene; pero un general solo debe sucumbir con la espada en la mano y con el rostro frente al enemigo.

Algunos de entre vosotros llegan cargados de noticias y afirman que Filipo trama con Lacedemonia la ruina de Tebas y el desmembramiento de nuestras democracias; otros dicen que envia embajadas al gran Rey, y hay quien le vé fortificar las plazas de Iliria: cada uno inventa su

fábula y la circula por todas partes. En cuanto á mi, creo, atenienses, que este hombre está embriagado con sus magníficas hazañas; creo que mil sueños brillantes acaricia en su imaginacion, porque no vé ninguna barrera que lo detenga, y que está envanecido con sus triunfos. Pero yo os aseguro, por Júpiter, que no combina sus proyectos de modo que puedan ser penetrados por esos simples rebuscadores de noticias. Si, dejándoles sus desvarios, consideramos que Filipo es nuestro enemigo y nuestro espoliador; que desde hace mucho tiempo ultraja; que todos los socorros con que contábamos se han vuelto contra nosotros; que en adelante nuestros recursos están en nosotros solos; que negarnos ahora á llevar la guerra á su pais equivaldria, infaliblemente, á imponernos la fatal necesidad de sostenerla á las puertas de Atenas; si consideramos, repito, todo esto como cierto, conoceremos cuanto importa saber, y podremos rechazar inverosímiles conjeturas. Vuestra obligacion no consiste en penetrar hasta el fondo del porvenir, sino en ver las desgracias que este porvenir ocasionará si no sacudís vuestra vergonzosa desidia: esto es lo que conviene mirar de frente.

Por mi parte, yo que nunca he propuesto, por agradaros, nada que mi conviccion haya creido contrario á vuestros intereses, hoy tambien acabo de esplicarme con libertad, con sencillez, con franqueza. ¡Dichoso si estuviese cierto de que es tan útil al orador el ofreceros los mejores consejos, como á vosotros el seguirlos! ¡Cuánto más dulce habria sido mi tarea! ¡Ignoro las consecuencias que me traerán los que os he dado; pero, no importa! Persuadido de que vuestro provecho está en seguirlos, no he vacilado en hablar. ¡Ojalá prevalezca la opinion que deba salvarnos á todos!

---

## DISCURSO POR LA LIBERTAD DE LOS RODIOS.

---

### Introduccion.

Se cree que las primeras proposiciones de Demóstenes contra Filipo no obtuvieron resultado. Mientras los atenienses no fueron personalmente atacados, apartaron la vista de los progresos del conquistador.

El año siguiente, segundo de la Olimpiada 107 y 351 antes de Jesucristo, el orador no emprendió de nuevo su lucha contra el Monarca sin haber abogado primero en favor de los de Rodas. Mediante el apoyo del rey de Persia y la presencia de una guarnicion enviada por la reina Artemisa, el partido oligárquico de esta poderosa isla, acababa de arrebatar el mando á la democracia, y se entregaba sin freno á satisfacer su ambicion y su venganza. Los oprimidos acudieron á Atenas, su protectora natural, y reclamaron su apoyo.

El resultado del discurso que con este motivo pronunció Demóstenes para apoyarlos es desconocido. Segun Barteley, el pueblo de Rodas solicitó en vano el favor de los atenienses; pero el traductor aleman Jacobs y los demas que le precedieron, no se atreven á afirmar nada.

### Discurso.

Creo, atenienses, que al discutir sobre tan graves asuntos, debeis conceder á los oradores una completa libertad. Por mi parte, siempre he creido difícil, no el demostraros el partido más ventajoso, pues me parece, sin que en esto